



Me dejaste entrar
Camilla Bruce

DESTINO

Me dejaste entrar

Camilla
Bruce

Traducción de
Alejandro A. Fonseca Acosta

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1538

Título original: *You Let Me In*

© Camilla Bruce, 2020

© por la traducción del inglés, Alejandro A. Fonseca Acosta, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Planeta México, S. A.

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-233-5913-4

Depósito legal: B. 2.478-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Conducís por un camino de tierra entre viejos robles. Es octubre, así que supongo que debe de estar lloviendo. Quizá también sople el viento y caigan hojas amarillentas en el parabrisas. Examináis con mucha atención los alrededores durante todo el trayecto, revisáis los espejos en busca de indicios de vida, pero no hay nadie. Aquí no hay vecinos ni familias en su paseo dominical. Sólo vosotros ante el camino terregoso y el frondoso bosque que os rodea, con árboles centenarios de troncos anchos y cortezas nudosas, raíces y ramas de formas intrincadas.

El sendero termina justo frente a mi puerta, así que os detenéis ahí. Aparcáis junto al gallinero vacío y, con expresión seria, observáis durante largo rato mi humilde hogar. Janus, tú te bajas primero del coche, te quitas las gafas de sol y te sacudes el cabello, cada vez más escaso. Tú, Penélope, frunces los labios y te proteges los ojos del sol con la mano, aunque está nublado. Los zapatos de tacón se te hunden en el suelo empapado, se llenan de restos de pasto amarillento y, tal vez, se les pega alguna vieja y maltrecha pluma de gallina.

Ninguno de los dos decís nada, creo, al menos no de inmediato. Parados ahí, miráis un rato la construcción de tres pisos con sus múltiples ventanas —algunas cuadradas, algunas redondas—, y la descascarillada pintura de un tono lila claro. Es una casa mágica, pero no es bonita. Es como un lujoso pastel de cumpleaños que se echó a perder y el glaseado rancio se desprende por los bordes. Los manzanos y cerezos que flanquean la casa dejaron de florecer hace mucho tiempo y tocan las paredes con sus ennegrecidos y afilados dedos. En esta época del año sirven sobre todo de hogar a las arañas. En las ventanas se aprecian visillos con encajes ya gastados y pesadas cortinas de terciopelo verde.

Janus, tú sacudes la cabeza, le diriges una mirada cómplice a tu hermana y murmuras entre dientes:

—La loca tía Cassie. No pensé que estuviera tan mal...

Entonces subís con cautela al porche pues no sabéis si el viejo suelo de madera aguantará vuestro peso. Janus, tú sacas la llave del bolsillo. Mi abogado te la habrá dado esta misma mañana junto con una hoja de instrucciones escritas a mano. Tal vez se haya reído un poco al entregártela e incluso se haya disculpado diciendo algo así como: «La anciana se puso un poco sensiblonas antes de desaparecer». Nunca le caí muy bien al señor Norris. El sentimiento es mutuo de todos modos.

Sin embargo, como sois buenos chicos, nunca se os ocurriría no seguir las instrucciones que os dejé,

de ahí que estéis en la casa, atravesando con cuidado el suelo de madera de mi porche. La cerradura cede a la llave con un chasquido y la puerta principal se abre de par en par con un crujido de bisagras. Penélope frunce la nariz al percibir ese olor a viejo y a moho, algo disimulado con lavanda y tomillo, que os recibe al entrar.

En el pasillo observáis las hileras de sombreros, abrigos y chales que cuelgan de los ganchos en las paredes. Son espantosamente anticuados, ropa de anciana. Penélope sonríe al ver los sombreros de mimbre, con flores y frutas de cera adheridas al ala. Sus suaves dedos con uñas de color rojo burdeos pasan veloces de la empuñadura de mi paraguas negro al encaje amarillento de un chal. Desde joven tuve inclinación por lo antiguo.

Janus no se entretiene. Da pasos rápidos y largos hacia el interior, escudriñando todo: la escalera pintada de negro que lleva al siguiente piso, el polvoriento candelabro de cristal con tres docenas de prismas, la puerta abierta de la cocina que deja entrever el suelo de ajedrez blanco y negro. La nariz de Penélope se arruga de nuevo en cuanto imagina la alacena llena de comida pasada, pero no tiene de qué preocuparse, ya me encargué de todo eso.

En este punto yo creo que ya se os habrá destrabado la lengua:

—Una limpieza no vendría nada mal —dice uno de vosotros, supongo que Janus, cuando entra a la sala y apoya ligeramente la mano en mi sofá de color champán.

Penélope camina directa hacia las amplias estan-

terías que abarcan desde el suelo hasta el techo, y sus uñas rojas recorren los viejos lomos de los libros. Al fin y al cabo, es bibliotecaria y para ella los libros son como la tierra prometida. Sus tacones altos dejan marcas en el parqué.

—Y entonces ¿dónde está el estudio?

Janus mira alrededor con la hoja de instrucciones arrugada entre las manos. Requieren que vayáis al estudio, pero vosotros, pobres, no sabéis dónde está, así que os quedáis allí de pie, inspeccionando la habitación y esperando alguna señal o pista que os indique la dirección correcta.

—Aquí están sus libros —dice Penélope al encontrar una fila de novelas con el lomo de color rosa en una estantería aparte.

—¿Cómo es posible que una viuda sin hijos pudiera escribir tanto sobre romance y amor? —tal vez pregunta Janus, mientras sigue de pie detrás de su hermana.

—A veces la ficción es mejor que la realidad, ¿no te parece? —contesta Penélope encogiéndose de hombros.

—Quizá. —Ahora es él quien se encoge de hombros—. Aun así, me resulta extraño.

—Creo que es incluso más extraño que justamente ella haya escrito cosas tan románticas, si tenemos en cuenta...

—Si tenemos en cuenta, ¿qué?

—De lo que la acusaron. Si es que es verdad.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Janus no quiere pensar en eso. Son asuntos desagradables e incómodos, y él es un chico muy quisquilloso.

—Venga, vamos —dice Penélope—, encontremos ese misterioso estudio.

En este momento se le antojará un cigarrillo, estará ansiosa por terminar con esto para poder darse al vicio. Sabe que le hace mal, por supuesto, como toda mujer moderna en un cuerpo que va envejeciendo, pero ni siquiera que esté a punto de llegar a los temidos cuarenta logra alejarla de sus queridos cigarrillos, y no le importan las arrugas que le pueda producir fumar.

De vuelta al pasillo sólo queda una puerta por abrir, y ahí está por fin el anhelado estudio: mi gran escritorio de roble, ya no tan pulido, máquinas de escribir escondidas debajo de gruesas cubiertas de plástico, un viejo y voluminoso ordenador portátil, y ventanas enmarcadas por cortinas de terciopelo. Detrás del escritorio hay una amplia silla de mimbre, colmada de firmes cojines de seda verde que hacen juego con el papel de pared pintado a mano en el que las vides, de las que brotan gruesas hojas brillantes, parecen bailar como serpientes encantadas. Penélope se abstrae por un instante y las repasa con las puntas de los dedos.

La mirada de Janus vuela más lejos y se detiene en las figuritas de madera, raíces y piedra que colman los alféizares de las ventanas y en la víbora disecada colgada en la pared, con escamas como uñas duras e inquisitivos ojos oscuros. Contempla cada uno de los frascos de vidrio llenos de flores secas, algún insecto muerto o hasta rocas, alineados con cuidado en el estante de detrás del escritorio; y luego, al final, ve esto: una pila de papel de

color rosa, mecanografiado por esta humilde servidora, acomodado como un pastel listo para servir y comer. Ninguno de los dos seguís examinando la sala después de eso. Tenéis los ojos fijos en el bulto rosado.

—Ahí está —dice el uno.

—Debe de ser eso —señala la otra.

La mano de Janus lo alcanza primero, las uñas rojas de Penélope lo siguen con rapidez. Leéis vuestros nombres en la hoja superior. Penélope lo levanta.

Y ahora aquí estáis. Quietos en mi estudio, sosteniendo esta historia entre las manos, la última que contaré. Esto significa que llevo más de un año desaparecida y que aún se desconoce mi paradero, ya que ése fue mi acuerdo con el señor Norris. En estas páginas está la clave para desbloquear mi última voluntad y testamento, la palabra secreta que hará que el señor Norris abra ese grueso sobre de papel manila y os diga lo ricos que os habéis vuelto. Si no la encontráis, no habrá premio alguno y mi dinero irá a otra parte.

Es un fastidio, lo sé. Pero a veces el mundo es cruel. Y vosotros queréis enteraros, ¿no? Queréis saber si las historias que os contó vuestra madre son ciertas. Si realmente maté a todos. Si estoy tan loca.

Ésta es la historia tal como la recuerdo, y ahora también es vuestra. Podéis guardarla, atesorarla u olvidarla, según os plazca. Como podéis comprobar, quería que alguien la conociera. Que se supiera mi verdad, ahora que me he ido.

Cómo sucedió todo y, al mismo tiempo, nada.

II

Algunas veces me han preguntado por qué me quedé en S- después del juicio que siguió a la muerte del hombre conocido como Tommy Tipp. En aquel momento habría sido muy fácil esfumarse y mudarse a otro lugar, a un pueblo o una ciudad donde nadie me conociera. Una *tabula rasa*, tal como me recetó el doctor Martin: hacer borrón y cuenta nueva.

Por supuesto, no permanecí en S- porque me gustara. Todo el mundo se me quedaba mirando cuando iba al supermercado a comprar carne picada y zanahorias. Durante meses mi nombre estuvo en boca de todos y mi rostro aparecía en las primeras páginas de los periódicos. Quienes antes no me conocían, ahora me reconocían inevitablemente. Pero, como entenderéis más adelante, tuve mis razones para quedarme.

Las cosas no eran como parecían.

Tommy Tipp no era como creáis.

Yo sé que os caía bien, él siempre fue bueno con los niños. Recuerdo que a ti, Janus, te llevaba a pescar, y contigo, Penélope, se echaba a rodar sobre el césped. Una vez juntaste flores para dárselas, ¿re-

cuerdas, Penélope, esas margaritas y campanillas que le regalaste? Incluso tu mamá era afectuosa con él de vez en cuando. Me dijo que estaba muy contenta de que yo por fin hubiera encontrado una pizca de felicidad, de ver que sentaba cabeza, aunque fuera con Tommy Tipp.

Olivia y sus amigas no salían de su asombro, e incluso mamá, creo, no daba crédito a que Tommy me hubiera elegido a mí. Era extremada y peligrosamente guapo: tenía el pelo rubio brillante y unos ojos azul profundo, el cuerpo esbelto y la piel bronceada. Era el hombre con el que soñaban por las noches todas las mujeres de S- mientras dormían abrazadas a sus maridos. Él era el objeto de esa dulce lujuria culpable que no podían contener, sin importar lo respetables, recatadas o exitosas que fueran. Tommy Tipp podía encender ese fuego en vírgenes y viudas por igual. Las mujeres casadas eran su especialidad; eran presa fácil y no implicaban ningún riesgo. Así era como se ganaba la vida antes de conocerme: acostándose con cualquiera a cambio de regalos y favores. Era experto en organizar citas secretas diurnas y en convencer a cada una de sus conquistas de que era la única. Por supuesto, todos sabíamos que había estado en prisión, que su pasado estaba marcado por la violencia y los robos. S- es un pueblo pequeño. Pero ¿quién no ama a un villano redimido, un ángel con la seductora mancha del pecado? Yo nunca estuve tan ciega, no lo deseé por esa dosis de peligro que implicaba una relación con él; para qué, si yo ya tenía un amante peligroso, ya conocía el sabor del pecado. No me extrañó, por tanto, que las mujeres se

enfurecieran cuando encontraron su hermoso cuerpo en el bosque.

Pero voy demasiado rápido, todavía no hemos llegado a ese punto. Antes de eso sucedieron muchas cosas.

Hay algo que debéis saber: nunca fui una niña buena.

Nunca fui obediente ni dócil como vuestra madre. A ella le encantaban los elogios, y le brillaban los ojitos cuando le decían que había hecho algo bien. Era delicada y agradable, mientras que yo era la torpe, flaca e incómoda hermana mayor. El cabello de Olivia refulgía como cobre lustroso; el mío era ondulado y oscuro. Su piel era blanca como la leche; la mía estaba manchada de pecas, pero, por supuesto, el que una chica tenga la piel llena de manchitas no la hace mala en sí. Eso va mucho más allá, eso se lleva en la sangre. Algunas personas simplemente nacemos torcidas.

Vuestra madre os habrá dicho que nunca tuvimos una relación cercana. Que no nos parecíamos en nada. No quería ni acordarse de mí, sobre todo después de los rumores y, por supuesto, después del juicio.

Aun así, yo lo recuerdo de manera diferente. Recuerdo las vacaciones de verano que pasamos junto al mar, luciendo sobre el pecho pequeñas insignias doradas con forma de anclas. Nos recuerdo mirando a través del agua cristalina en pozos poco profundos, persiguiendo cangrejos y recogiendo con-

chitas marinas. Recuerdo la sensación de la arena entre los dedos de los pies y el sabor dulce del helado derritiéndose en la lengua. Recuerdo un pastel en el porche, rebosante de frutas incrustadas. Mientras tanto, el sol se ponía ante nosotras sangrando una luz dorada que transformaba sus cabellos en un río cobrizo, y convertía su piel lechosa en un tono más oscuro y suave.

En mis recuerdos también están las muñecas de piel pálida y cabello negro que recibimos una mañana de Navidad; la casita que les construimos debajo de la mesa usando los manteles del comedor como si fueran paredes blancas, unas hueveras en vez de copas, y cojines de seda que harían las veces de tronos. Jugábamos a que las muñecas eran dos princesas medievales, así que cogíamos rosas del jardín y con los tallos espinosos formábamos coronas con las que adornábamos sus cabellos. Nuestro hermano, Ferdinand, llevaba su casete y lo hacía sonar con entusiasmo, e incluso con cierta fascinación, para cantarles.

Recuerdo que reímos juntas, como hermanas, eso y otras cosas.

Olivia seguramente os habrá dicho que eso nunca pasó.

Quizá lo haya olvidado.